

JOHN KENNETH GALBRAITH:  
*La Sociedad opulenta*. Ediciones  
Ariel, Barcelona, 1961.

John Kenneth Galbraith es el escritor sobre temas económicos más brillante con que cuentan los Estados Unidos. Catedrático de la Universidad de Harvard y anteriormente de las de California y Princeton, es hoy uno de los principales colaboradores de Kennedy, en materias económicas, junto con Rostow y Samuelson.

*La Sociedad Opulenta*, su última y más sensacional obra, culmina una serie larga de libros, que girando sobre el mismo asunto, han cristalizado en este estudio de un tema de nuestro tiempo tan sugestivo como importante.

En la introducción que el Profesor Fabián Estapé hace al libro,— después de citar las principales obras de Galbraith, como son: *Capitalismo Americano*, *The Great Crash 1929*, *Economics and the Art of Controversy*, *A Theory of Price Control*, etc.—analiza finamente, no sólo el libro en cuestión, sino también la persona y obra de Galbraith.

De esta manera, Fabián Estapé nos dice de Galbraith: "Es muy posible que desde la desaparición de Lord Keynes, la Ciencia Económica no haya podido ofrecer un ejemplo más vivo de actividad intelectual encaminada a abrir nuevas brechas al pensamiento y a la acción . . ."

Los economistas de la raza de Galbraith, al igual que sucedía años atrás con John Maynard Keynes, cuentan con bazas positivas en su favor: la agudeza y penetración de su estilo, la valentía del diagnóstico, el dominio de las cuestiones y la exhibición de programas de acción práctica; con todo ello llegan a conquistar al gran

público porque saben emplear el lenguaje adecuado . . ."

Una vez introducidos de lleno en el libro, nos damos cuenta, tanto de su original tesis, como de su singular importancia.

"Hasta hoy se ha considerado por todos que la tarea más urgente de la mayor parte de la población del globo consiste en imitar a las naciones privilegiadas, en llegar hasta donde han llegado, en alcanzar la era del "consumo en masa". La obra de John Kenneth Galbraith, *la Sociedad Opulenta*, constituye una advertencia contra la fé ciega en las ventajas del enriquecimiento económico . . ."

Siempre se ha creído que la opulencia era un objetivo al cual cabía sacrificar prejuicios, ideologías y a veces generaciones enteras. Pues bien: Galbraith, que vive en el seno de la comunidad más adelantada de la tierra en orden a bienes materiales, alza su voz para disipar creencias erróneas . . .

En el caso de las naciones atrasadas, que se están esforzando para superar su atraso, las ideas de Galbraith ponen de manifiesto, que la dirección puede ser equivocada y que los objetivos pueden ser erróneos a la larga.

Así, las ideas de Galbraith, suponen también un desafío para las concepciones de la acción política, para la orientación de la política económica . . .

Esta es la principal aportación de la obra de John Kenneth Galbraith. Destacar la inexactitud de las premisas sobre las cuales se apoya la administración pública, señalar los riesgos—y a veces riesgos graves—de la ilusión popular; desterrar el imperio de la pretendida soberanía del consumidor, establecer la relación clara entre la producción y la industria auxiliar que asegura los mercados e incluso los crea, es decir, la publicidad.

Seguimos aferrados al modelo clásico del consumo y de la producción cuando en países como Estados Unidos el gasto en publicidad en 1956 ha sido de 10.000 millones de dólares. Este "pequeño detalle" ha sido olvidado por los teóricos que siguen razonando y aconsejando la acción práctica como si fuera exacto que son las necesidades de los consumidores expresadas a través del mercado las que determinan la producción. Los factores racionales que juegan en el funcionamiento de las economías industriales modernas son algo más que deformaciones de la realidad: constituyen verdaderos peligros para el equilibrio social . . ."

Pues bien, Galbraith, para exponer esta tesis, necesita comenzar con un capítulo dedicado a lo que él llama el concepto de la sabiduría convencional. Después de afirmar, y no sin razón, que la verdad determina a la larga nuestra adhesión pero que lo agradable consigue lo mismo en menos tiempo, dice que a aquellas ideas que son apreciadas por su aceptabilidad, y por tanto previsibles, las va a llamar con el nombre genérico de "sabiduría convencional". La sabiduría convencional es por definición, el principal obstáculo para reflexionar sobre las nuevas circunstancias. Y dentro de esta sabiduría convencional, Galbraith hace un sutil análisis, de lo que él llama, la economía de la tradición del desespero, la insegura tranquilidad, y el tumulto marxista. Es decir, Ricardo, Malthus, Adam Smith y Marx, formando el bagaje de la actual sabiduría convencional.

Después del capítulo de la Desigualdad, uno de los más sugestivos del libro, Galbraith analiza el hecho, en capítulo posterior, de que el sistema capitalista está originariamente basado en la inseguridad económica, medio éste de selección económica y social, señalando que hoy esta inse-

guridad tiende a desaparecer, o ha desaparecido casi por completo, diciendo que: "los gustos de los consumidores y la demanda pueden variar. La gran empresa moderna se protege de ello mediante su publicidad. Por lo tanto los gustos del consumidor vienen a estar parcialmente sometidos a su control".

Son de suma importancia los capítulos dedicados a la posición suprema de la producción, el de sus intereses creados, el de la inflación, su teoría sobre el equilibrio social, el que dedica a la nueva situación de la pobreza y el que trata del trabajo, el ocio y la Nueva Clase. Pero uno de ellos, el que estudia los imperativos de la demanda del consumidor, es revelador, por cuanto es el núcleo alrededor del cual gira toda su original y renovadora idea. En este capítulo nos encontramos con este párrafo, que por sí solo, puede ser que nos haga vislumbrar el "meollo" de la cuestión: "De este modo, la teoría económica ha procurado trasladar el sentido de la urgencia del abastecimiento de las necesidades del consumidor, que se sentía en otros tiempos en un mundo en el que una mayor producción suponía más alimentos para el hambriento, más vestido para el desnudo y más casas para los sin-hogar, a un mundo en el que el incremento del producto satisface el ansia de coches más elegantes, de comidas más exóticas, de un vestuario más erótico, de diversiones más rebuscadas—en fin, del repertorio moderno completo de deseos sensuales, edificantes y mortales."

LUIS ROBERTS

MAURICE DUVERGER: *La VI République et le régime Présidentiel*. Librairie Arthème Fayard, París, 140 págs.

En 1946 Francia no se inclina por el sistema presidencialista de Gobierno y reinstaura el parlamentarismo con la esperanza de alcanzar el vigor de las mejores horas de la III República. Las circunstancias debilitan esta forma de gobierno y en 1958 se dibuja el sistema presidencialista con la figura del general DeGaulle. Los años posteriores han puesto de relieve que las Instituciones de la V República no sobrevivirán a su fundador. Pero ¿por cuáles serán sustituidas? Una segunda restauración del parlamentarismo tendría dudoso sentido democrático. El triunfo casi fulminante de la idea del régimen presidencialista obedece a las perspectivas que ofrece dentro de los regímenes democráticos en la segunda mitad del siglo XX. La elección directa del Jefe de Gobierno por el pueblo se presenta no sólo como reforma deseable sino también como consecuencia natural de un movimiento general de las Instituciones de Occidente dentro de la corriente histórica, en "sentido histórico". Ha llegado, pues, el momento de tránsito del presidencialismo utópico al presidencialismo científico.

Para que Francia se mantenga dentro del sector democrático occidental debe implantar en su sistema político la elección por sufragio universal del Jefe del poder ejecutivo, acelerando por este mecanismo el movimiento hacia el socialismo de economía mixta que caracteriza a los países europeos. La planificación, todo lo flexible que se desee, exige un Estado fuerte e independiente de los grupos de presión. Sólo un Estado fuerte puede gestionar adecuadamente el sector público, atendiendo y desarrollando el interés general. Este

ejecutivo fuerte se abre paso frente a la concepción tradicional que prefería Gobiernos débiles a causa precisamente de su origen monárquico y autoritario. El fenómeno cambia para impedir el desmembramiento del Estado por las coaliciones de interés.

Esta evolución acompaña a la que igualmente ha sufrido el sentido dimitonómico de la representación política. La representación, en su profundo significado actual, no es ni el mandato jurídico descrito por los profesores de derecho constitucional que siguen la tradición del XVIII ni tampoco la "coincidencia fotográfica" entre opinión pública y parlamento que, a través de la representación proporcional, han analizado los sociólogos. Es algo más: un sentimiento que se vive, que palpita en el corazón de los ciudadanos. Para que exista democracia es preciso una directa relación, un lazo de confianza entre ciudadanos y elegidos. El parlamento clásico se plantea así un vivo problema: los diputados elegidos lo son por motivos particulares de defensa de la región, pero no son el vehículo de la opinión de esos mismos electores respecto de los problemas nacionales o colectivos. Se plantea así el fenómeno de la *doble representación*: de una parte los intereses locales, de otra los generales del país entero. Estados Unidos y la Gran Bretaña lo han solucionado en base al doble sistema de la elección presidencial y en la disciplina de partidos. En Francia no se ha resuelto; es claro que los diputados no poseen la confianza de sus electores en lo tocante a asuntos globales. Junto a este defecto el sistema parlamentario francés presenta otro: no toma en cuenta la tendencia contemporánea a la personalización del poder, tendencia sólidamente enraizada en el mundo actual tanto en los sistemas occidentales como en los países del Este y Tercer Mundo. Las únicas ex-